

varlos, ó tirar carruajes en que pudieran ir; tampoco encontrarían materiales para edificar casas proporcionadas á su estatura; y solo habria en el mundo unos pocos hombres, que vivirían con la mayor incomodidad. ¿Quién ha arreglado la estatura de los hombres á una talla fija? ¿Quién ha proporcionado la corpulencia de todos los animales á la estatura del hombre? El solo, entre todos los animales, está derecho sobre sus dos piés, y con esto solo tiene una nobleza y majestad, que aun en lo exterior lo distingue de todos los vivientes de la tierra. No solo es el animal mas hermoso, sino tambien el mas fuerte respecto de su magnitud. Examínese con cuidado el peso y masa de las bestias mas terribles, se verá que tienen mas materia que el cuerpo del hombre; y sin embargo éste tiene mas fuerza que las bestias mas feroces, y únicamente las teme por sus dientes y por sus uñas. Pero el hombre, cuyos miembros no son armas tan formidables, tiene unas manos con que sabe hacer armas mas fuertes que cuanto tienen las bestias: y así, ó traspasa con sus tiros, ó hace caer en sus lazos y encadena á los animales mas fuertes y furiosos: teniéndolos cautivos, sabe domesticarlos, y jugar con ellos á su arbitrio; se hace acariciar por los tigres y leones, y cabalga sobre los elefantes.

---

## CAPITULO VI.

### *Del alma racional.*

El cuerpo del hombre, que parece la obra mas acabada de la naturaleza, no puede compararse con su alma. Es cierto que no piensan algunos cuerpos; las piedras, leños, metales, no conocen, aunque no hay duda que son cuerpos. Es tambien tan natural el creer que la materia no puede pensar, que los que no han estudiado no se pueden dejar de reir cuando les dicen que las bestias son puras máquinas; porque no pueden concebir que unas máquinas puedan tener los conocimientos que creen ver en los brutos. Por eso los antiguos, que no conocian mas cosas reales que los cuerpos, decian que el alma del hombre era como un quinto elemento, ó una quinta esencia sin nombre, indivisible, inmutable, toda celestial y divina, que no conociamos acá abajo; porque no podian concebir que la materia terrestre de los cuatro elementos pudiese pensar y conocerse á sí misma.

Pero no disputemos contra ninguna secta de filósofos, y supongamos por ahora cuanto quieran. Ved aquí una alternativa que ningun filósofo puede evitar. O la materia puede pensar por sí misma y sin que le añadan cosa alguna, ó no puede, y por consiguiente lo que piensa en nosotros es

un sér distinto de ella, que le está unido. Si la materia puede llegar á pensar sin que le añadan ninguna otra cosa, se ha de confesar, por lo menos, que no toda materia piensa, y que la que piensa hoy no pensaba cincuenta años há: v. gr. la materia del cuerpo de un muchacho no pensaba diez años antes que este naciese. Será, pues, preciso decir que la materia puede adquirir la facultad de pensar por una disposicion y movimiento de sus moléculas. Tomemos por ejemplo la materia de una piedra, ó un puñado de arena; esta porcion de materia no piensa ahora de ningun modo; para que comience á pensar es preciso figurarla, disponerla, moverla de cierto modo en todas sus partes. ¿Quién ha sabido hallar con tanta exactitud esta proporcion y esta colocacion? ¿Quién ha sabido ponerla en movimiento, dándole puntualmente aquella direccion y aquel grado preciso de velocidad, sin el cual jamas hubiera pensado? ¿Qué mano es la que ha arreglado todas estas modificaciones tan exactas y tan precisas, para formar de una materia vil é informe el cuerpo de un niño, y hacerlo poco á poco racional? Si por el contrario, nos dicen que la materia no puede pensar sin que le añadan algun otro sér; ¿quién es este otro sér que piensa, mientras la materia, á quien está unido, no hace mas que moverse? Ved ahí dos naturalezas bien desemejantes,

No conocemos á la una sino por su figura y movimiento local; ni á la otra sino por sus percepciones y racionios. La una no dá idea de la otra, y sus ideas nada tienen de comun.

¿En qué consiste, pues, que dos séres tan desemejantes están unidos en el hombre tan íntimamente, que ciertos movimientos del cuerpo escitan pronta é infaliblemente ciertas ideas en el alma, y las ideas del alma causan del mismo modo ciertos movimientos en el cuerpo? ¿En qué consiste que esta correspondencia tan regular en sesenta ú ochenta años jamas se interrumpe? ¿En qué consiste que unos séres y operaciones tan diversas hacen un compuesto tan exacto, que muchos hombres sensatos casi han llegado á creer que era un todo simple y sin composicion?

¿Qué mano ha podido unir estos extremos? Ellos no han podido juntarse por sí mismos. La materia no ha podido hacer alianza con el espíritu; porque no tiene ni entendimiento, ni voluntad para ajustar las condiciones. Por otra parte, el espíritu no se acuerda de haber hecho alianza con la materia, y no puede estar sujeto á un pacto de que se ha olvidado. Si hubiera determinado, libremente y por sí mismo, sujetarse á la materia, solo se sujetaria cuando quisiera y se acordase de lo que habia determinado. No obstante, es cierto que á pesar suyo depende del cuerpo, y no puede

separarse de él sino destruyendo con una muerte violenta sus órganos. Por otra parte, aun cuando el espíritu se hubiera sujetado voluntariamente á la materia, no por eso hubiera quedado la materia sujeta al espíritu. El alma tendria en este caso ciertas ideas, cuando tuviera el cuerpo ciertos movimientos; pero el cuerpo no estaria obligado á moverse en este ó aquel sentido, por mas que el alma tuviese estos ó aquellos pensamientos.

Sin embargo, es indudable que esta dependencia es recíproca. No hay cosa mas absoluta que el imperio del alma sobre el cuerpo: quiere ella, y todos los miembros del cuerpo se mueven al instante, como si los agitaran con una máquina poderosa. Tampoco hay cosa mas evidente que el poder del cuerpo sobre el espíritu: obran sobre aquel ciertos objetos, y éste está obligado á deleitarse ó á afligirse. ¡Qué mano, igualmente poderosa sobre dos naturalezas tan diversas, ha podido imponerles este yugo, y tenerlas cautivas en una sociedad tan exacta é inviolable? ¡Dirán que el acaso? ¡Cómo ha de poder el acaso enlazar con una porcion de átomos un espíritu y un cuerpo? Si el espíritu puede engancharse con las partes del cuerpo, es preciso que el espíritu tenga partes, y por consiguiente que sea cuerpo: y así volvemos á la respuesta que ya hemos refutado. Si al contrario, el espíritu no tiene partes, nadie puede atarlo con las del

cuerpo, y el acaso no tiene con que unirlos mutuamente.

En fin, mi alternativa siempre está en pié y con la misma fuerza. Si el espíritu no es mas que una porcion de materia, ¿quién ha sabido darle la combinacion, movimiento, velocidad necesarias para que piense ahora lo que ayer no pensaba? Y si es una sustancia distinta, ¿quién ha hecho esta union tan incomprendible?

El imperio del alma sobre el cuerpo, aunque es limitado, es absoluto; de modo, que mi voluntad, sin esfuerzo ni preparacion alguna, mueve repentinamente todos los miembros del cuerpo, segun las reglas de la mecánica. Así como despues de haber criado el mundo, Dios mandó que se hiciera la luz, y la luz se hizo, así ahora, una sola palabra de mi alma impera ciertos movimientos, y ellos se hacen. Yo mando que mi cuerpo se mueva, y todas las partes de mi cuerpo se ponen en accion: los músculos trabajan, todos los resortes concurren, y toda la máquina obedece, como si cada uno de los órganos internos oyera una voz omnipotente y soberana. Este es el movimiento mas simple y el mas eficaz que puede concebirse; no tiene semejante en todo el universo. Este es puntualmente el poder que atribuyen á Dios los que reconocen su existencia.

¡Atribuiré este imperio á mi espíritu débil y mi-

serable, ó á la potestad que él tiene sobre mi cuerpo, siendo tan diferente de él? ¿Creeré que mi voluntad, tan pobre é imperfecta, tiene por sí misma un imperio tan grande? Pero ¿por qué entre tantos cuerpos como veo no tiene poder sino sobre uno solo? ¿Por qué ninguno otro obedece á sus deseos? ¿Quién le ha dado sobre este cuerpo el imperio que no tiene sobre los demas? ¿Habrá quien se atreva aún á alegar el acaso?

Este poder que es tan soberano, es al mismo tiempo ciego. El aldeano mas ignorante sabe mover su cuerpo tan bien como el mas profundo anatómico. El alma del aldeano manda á sus nervios, músculos, tendones, sin conocerlos ni haber oido hablar de ellos jamas: sin poderlos distinguir y sin saber donde están, los encuentra: elije los que se necesitan, y no toma unos por otros. Un equilibrista, con solo querer, envía impetuosamente los espíritus á unos nervios y no á otros, haciendo doblar ó alargar los que necesita. Preguntadle cuáles son los que ha movido, y cómo comenzó á agitarlos; ni aun entenderá lo que le preguntais. ¡Tan ignorante está de los resortes de su máquina! Un músico conoce perfectamente las cuerdas del salterio, las ve con sus ojos, y las toca con sus dedos; y alguna vez se engaña. Pero el alma, que gobierna al cuerpo humano, mueve oportunamente todos sus resortes sin conocer su fuerza, figura

y situacion, y nunca se engaña. ¡Qué prodigio! Mi alma manda á una sustancia, que ella no ve ni conoce, y esta sustancia, que no tiene ningun conocimiento, le obedece infaliblemente. ¡Qué ceguedad! ¡Qué poder! La ceguedad es del hombre; pero el poder ¿de quién será? ¡A quién se ha de atribuir sino á aquel que ve lo que no ve el hombre, y hace lo que es superior á sus fuerzas?

En vano pretende mi alma mover los cuerpos que me rodean, y que conozco perfectamente; ninguno se mueve aunque sea mas pequeño que un átomo; solo hay un cuerpo á quien es superior: es, pues, indudable que alguna causa poderosa le ha dado esta superioridad. San Agustin, que hace estas reflexiones, las esplica de este modo: “Las partes internas de nuestros cuerpos no viven sino por nuestras almas; y nuestras almas tienen mas facilidad en animarlas que en conocerlas. . . . El alma no conoce al cuerpo que le obedece; no sabe por qué mueve los nervios, solo cuando quiere, y por qué, aunque quiera, no puede interrumpir la pulsacion de las arterias. Ignora cuál es la primera parte que mueve, y mediante la cual mueve á todas las otras. . . . No sabe por qué siente contra su voluntad, y mueve los miembros cuando quiere: ella hace todo esto en el cuerpo; pues ¿en qué consiste que no sabe cómo lo hace? Los que estudian la anatomía van á otros para que les en-

señen lo que pasa en ellos mismos. ¡Por qué, pues, no necesito maestro para saber que en el cielo, á una inmensa distancia de donde estoy, hay un sol y unas estrellas, y lo necesito para saber dónde comienza mi movimiento? Somos demasiado superiores á nosotros mismos, y no podemos comprendernos.”

En efecto, nunca podremos conocer bastante este imperio absoluto que tiene el alma sobre unos órganos corporales que no conoce, y el uso que continuamente hace de ellos sin discernirlos. Este imperio principalmente se manifiesta en las imágenes del cerebro. Conozco cuantos objetos se han presentado á mis sentidos por espacio de muchos años: tengo imágenes distintas que me los representan todos; de modo que me parece que los veo, aun cuando no están presentes. Mi cerebro es como un gabinete de pinturas, donde los retratos se movieran y ordenaran segun mandase el amo. Los retratos, que yo tengo en la cabeza, son tan fieles, que los pintores jamas han podido llegar á hacerlos tan perfectos: consultándolos descubro los defectos que cometen los pintores, y los corrijo. Díganme, pues, si estas imágenes, que se parecen á sus originales mas que cuanto han hecho los pintores mas acreditados, se graban por sí mismas en mi cabeza sin arte alguno, de modo que mi cerebro sea como un libro cuyos caracte-

res se ordenaron por sí mismos. Si aquí hay arte, no es mio; pues yo encuentro en mi interior esta coleccion de imágenes, sin haber pensado jamas en ordenarlas ni grabarlas. Estas imágenes se presentan y se retiran sin confusion, cuando yo quiero. Las llamo, vienen; las despido, se van á esconder no sé dónde. Se reunen y separan como yo quiero; y yo no sé lo que son, ni dónde están: no obstante, siempre están dispuestas á servirme. La agitacion de tantas imágenes antiguas y nuevas, que se juntan y separan, no destruye el orden que tienen entre sí. Si alguna no se presenta á la primera orden, sé que no está lejos, aunque tal vez está en algun oculto rincon: yo no la ignoro enteramente, como á las cosas que nunca ví; al contrario, ya la conozco en comun; y si viene alguna otra en su lugar, al punto la despido, diciéndole: No necesito de tí. Pero ¿dónde están estos objetos medio olvidados? Están dentro de mí; porque allí los busco y los encuentro. Pero ¿cómo estaban allí, y no los encontré en mucho rato? ¿A dónde se habian ido? Esta profundidad me pasma. Me acuerdo distintamente de haber conocido lo que ahora no conozco; me acuerdo de mi mismo olvido.

Tengo presentes las facciones de cada persona en todas las edades que la conocí, y la vuelvo á ver muchas veces en mi interior: al principio la

veo niña, despues jóven, despues anciana; y voy poniendo arrugas en un semblante, que por otro lado me presenta las gracias de la niñez. Conservo en mi interior un no sé qué, que es alternativa-mente todas las cosas del mundo. De este tesoro incógnito salen cuantos olores, armonías, sabores, grados de luz, colores, matices y figuras han pasado por mis sentidos al cerebro. Cuando quiero renuevo la alegría que esperiménté treinta años há; pero aunque es la misma, ahora no me regocija: me acuerdo, sí, que estuve con placer y gozo, y hasta qué punto se inundó mi alma con esta satisfaccion; pero esta memoria no hace que ahora se reproduzca en mí la alegría pasada. Tambien renuevo los dolores antiguos, los hago presentes, los percibo con tanta distincion como los percibí entonces; comprendo su amargura y grado de dolor; pero no me turban, ni me acongojan: veo todo su rigor sin sentirlo; y si lo siento, es por una representacion que es un puro juego. La imájen de los trabajos pasados consuela; con los placeres no sucede lo mismo. Un corazon virtuoso se aflije al acordarse de sus desordenadas diversiones. Ellas están presentes con cuanto tuvieron de agradable y lisonjero; pero no son las mismas, y no se presentan sino para aflijir.

En el cerebro hay dos maravillas incomprensibles. Primera: que sea una especie de libro don-

de hay innumerables imájenes y caracteres, pero imájenes y caracteres distribuidos con un órden que yo no he hecho, y el acaso no ha podido hacer. Porque jamas me ha ocurrido á mí escribir nada en mi cerebro, ni ordenar las imájenes y caracteres que se trazaban allí; solo pensaba yo en ver los objetos, cuando herian mis sentidos. El acaso tampoco ha podido hacer un libro tan maravilloso; y aun toda la habilidad de los hombres no ha podido llegar á tan alta perfeccion. Pues ¿qué mano lo ha compuesto?

La segunda maravilla es la facilidad con que mi espíritu lee en este libro interior<sup>\*</sup> cuanto quiere, aunque no conoce sus caracteres. Jamas he visto los vestigios que hay en mi cerebro, y ni aun conozco su sustancia, que es como el papel de este libro; sus innumerables caracteres se trasponen, y vuelven á ordenarse cuando lo mando; yo tengo como un poder divino sobre una cosa que no conozco, ni conoce: y á pesar de que no entiende, comprende mi voluntad y la ejecuta. Recorriendo toda la naturaleza, veo que mi alma no manda sobre los cuerpos: solo hay uno que mueve como si fuera una divinidad, y ajita sus mas sutiles resortes sin conocerlos. ¿Quién la ha unido á este cuerpo, y le ha dado tanto imperio sobre él?

CAPITULO VII.

*De la grandeza y pequeñez del entendimiento humano.*

DEMOS fin á estas observaciones con una breve reflexion sobre la sustancia de nuestra alma. En ella veo una mezcla incomprensible de grandeza y de debilidad. Su grandeza es real: reúne sin confusion lo pasado y lo presente, penetra con sus racionales lo futuro, tiene idea de los cuerpos y de los espíritus. También tiene idea del infinito; porque afirma todo lo que conviene, y niega todo lo que le repugna. Decidle que el infinito es triangular: responderá sin titubear, que no teniendo límites, no puede tener figura. Preguntadle cuál es la primera unidad que compone el número infinito: responderá al instante, que en el infinito no puede haber número, ni principio, ni fin: porque si se pudiera señalar alguna unidad que fuera primera ó última, se podría añadir otra, que aumentaría el número; y no puede ser infinito el número que puede aumentarse, y que tiene un término sobre el cual puede crecer.

Por este infinito conoce mi alma lo finito. El que dice: un hombre enfermo, ó débil, dice: un hombre que no tiene salud ó fuerza. No se cono-

ce la enfermedad, que es una privacion de la salud, sino conociendo la salud como un bien real de que el hombre esta privado; ni la debilidad, sino mirando á la fuerza como una ventaja real que no tiene el hombre. No se conciben las tinieblas, que son una mera privacion, sino negando, y por consiguiente concibiendo, la luz del dia, que es muy positiva y real. Del mismo modo, no se conoce lo finito, sino atribuyéndole un límite, que es pura negacion de una estension mayor; y esto no es sino la privacion de lo infinito. Pero nunca podrá representarse el hombre la privacion del infinito, sino conociéndolo; así como no puede concebir la enfermedad sin conocer la salud, de quien es privacion. ¿Quién ha puesto en nosotros esta idea del infinito?

¡Qué grande es el espíritu del hombre! Lo que hay en él es infinitamente superior á él mismo. Sus ideas son universales, eternas, é inmutables. Son universales, porque cuando yo digo: “Es imposible ser y no ser al mismo tiempo: el todo es mayor que su parte: la línea recta es la mas corta que se puede tirar de un punto á otro: el centro de un círculo dista igualmente de toda la circunferencia:” digo unas verdades que no tienen escepcion. Nunca podrá haber parte, línea, ni círculo sino segun estas reglas. Ellas son de todos los tiempos, ó por mejor decir, son antes de todos los tiempos,

y durarán por toda la eternidad. Aunque el universo se hunda y anonade, y no haya quien discursar sobre los entes, círculos ó líneas, perseverarán las verdades referidas. Tal vez no habrá ahora quien piense en ellas: tambien pudiera suceder que nunca hubiera habido quien las conociera, pero no por eso serian menos constantes; así como los rayos del sol no serian menos luminosos aunque no hubiera quien los pudiese ver. El que afirma que dos y dos son cuatro (dice San Agustin), no solo está seguro de que dice una verdad, sino tambien de que ella lo será eternamente. Estas ideas que hay en nuestra alma, no se pueden limitar. Lo que he dicho sobre el centro de los círculos, conviene necesariamente á todos los círculos posibles.

Estas ideas universales ni pueden mudarse, ni alterarse, ni borrarse en nosotros; son como el fondo de nuestra razon, y por mas esfuerzos que ésta haga no puede llegar á dudar seriamente de lo que estas ideas le representan: por ejemplo, no puedo yo dudar de si el todo es mayor que una de sus partes: si el centro de un círculo dista igualmente de la circunferencia: mudar estas ideas seria destruir la razon. Juzguemos, pues de nuestra grandeza por la idea del infinito, que llevamos impresa en el alma, sin que se pueda borrar; pero para que no nos fascine una grandeza tan real y en

peligrosamente nos lisonjea, volvamos la vista á nuestra pequeñez.

Este mismo espíritu, que incesantemente ve el infinito, y en él las cosas finitas, ignora infinitamente todos los objetos que lo rodean. Se ignora profundamente á sí mismo; camina como á tientas en un abismo de tinieblas; no sabe lo que es, ni cómo está unido á su cuerpo, ni cómo mueve los resortes de este cuerpo que no conoce; ignora sus mismos pensamientos y voluntades; no sabe con seguridad ni lo que cree, ni lo que quiere; frecuentemente se figura creer y querer lo que no ha creído ni querido; se engaña, y lo mejor es, que conoce que se ha engañado; á los yerros del entendimiento añade el desórden de la voluntad; la esperiencia de su corrupcion le obliga á gemir. Ved ahí el entendimiento del hombre, débil, incierto, limitado, lleno de errores. ¿Quién ha puesto la idea de lo infinito, esto es, de lo perfecto, en un sugeto tan limitado y lleno de imperfeccion? ¿Se ha dado él á sí mismo esta idea tan pura y tan magnífica, que en órden á representar es infinita? ¿Qué sér finito, distinto de él, le ha dado una cosa tan desproporcionada con todo lo que tiene límites? Supongamos que el entendimiento del hombre es como un espejo, donde van á imprimirse todas las imágenes de los cuerpos vecinos. ¿Qué sér ha causado en nosotros la idea de lo infinito,

si éste jamas se nos presentó? ¿Quién podrá representar en un espejo un objeto quimérico, que no existe, y que jamas ha estado enfrente del cristal?

Esta imájen de lo infinito no es un conjunto confuso de objetos finitos, que el entendimiento erradamente toma por un infinito verdadero. La idea que tenemos es del mismo infinito: la conocemos tan bien, que la distinguimos de todo lo que es finito, y nunca la equivocamos con él: excluimos de ella todos los atributos que importan algun término; y en fin, por ella conocemos todas las cosas, como se conoce la noche por el día, y por la salud la enfermedad. ¿De dónde viene, pues, vuelvo á preguntar, una imájen tan grande? ¿La sacamos de la nada? Un ser limitado ¿podrá inventar é imaginar una cosa infinita, si ésta no existe? Un entendimiento tan corto como el nuestro, ¿formará tan grande imájen sin tener modelo alguno? Ninguno de los objetos exteriores puede dárnosla, porque todos ellos son finitos, y nadie dá lo que no tiene. ¿De dónde sacamos, pues, esta imájen tan distinta, que á nada de cuanto conocemos se parece? ¿Dónde está este infinito que no podemos comprender, porque es realmente infinito; y que no podemos dejar de conocer, porque lo distinguimos de todo lo que le es inferior?

¿Dónde está? porque si no existiera, ¿cómo habia de venir á grabarse en el fondo de mi alma?

—  
CAPITULO VII.

*De la razon, y de sus ideas.*

ADEMAS de la idea del infinito, hay en mi interior unas nociones universales é inmutables, que son la regla de todos mis juicios: de nada puedo juzgar sino consultándolas, y no está en mi mano juzgar contra lo que ellas representan. Mis pensamientos están tan lejos de poder corregir ó reformar esta regla, que al contrario, á pesar mio se presentan á ella para que los corrija, y se someten infaliblemente á sus decisiones. Por mas que haga, nunca llegaré á dudar si dos y dos hacen cuatro, ó si el todo es mayor que la parte. No tengo libertad para negar estas proposiciones, ú otras semejantes; y si lo hago, siento en mí una fuerza superior, que me obliga á concederlas. Esta regla fija é inmutable, es tan interior é íntima, que casi estoy tentado de tenerla por mi misma esencia: pero me es superior, pues me corrige, me rectifica, me advierte mi insuficiencia, y me hace desconfiar de mí mismo. Ella me inspira siempre que la escucho; escuchándola, nunca me engaño. Y si yo no me precipitara y fuera indócil, me li-